

# LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

## Efemérides al vuelo

### El rey Felipe III en Guipúzcoa

La entrega de las infantas. - Entusiasmo franco-español. - De cómo pasó una gran rabieta el duque de Ciudad Real. - "A pillo, pillo y medio". - Cada mochuelo á su olivo...

Quedábamos en que don Felipe y doña Ana, con todo su séquito, habían llegado de noche, el sábado 7 de Noviembre de 1615, á la ciudad de Fuenterrabía. Bien. Prosigamos, sirviéndonos de lazaretillos algunos cronistas de la época. Conste que nosotros no fallamos un ápice á la verdad histórica. Lo único que hacemos es pecar, de vez en cuando, de alguna irreverencia. Y esto se explica porque á nosotros los reyes nos producen el encanto de un "cómico de la legua". Sólo en esto disintimos de los graves historiadores.

En el improvisado palacio real hubo el domingo 8 Consejo de Estado, donde se determinaron todas las medidas concernientes al magno suceso de las entregas de las infantas. Después, se celebró una misa. Y una vez que concluyó ésta, comieron opíparamente.

Era numerosísima la concurrencia franco-española que acudió al acto. Franceses sóitamente calculóse que fueron 8.000, por lo que la infanta doña Ana pidió á su padre—y éste accedió gustosamente—que "á ningún francés se negase la entrada en Palacio".

El mismo domingo había llegado de Francia "una muy acordada música—dice un historiador—de arpas, laúdes, violines, violones, etc.", que alegraron el día y se dieron "postín" frente al chistu y al tamboril de los vascos.

Antes de retirarse se verificó "la despedida de ambos á dos", según la frase de un cronista: lloraba el padre—de quien se dijo que hubiera sido un buen hombre á no haber sido rey—y lloraba la hija.

Razonó aquel sobre lo que Ana debía hacer en el reinado. Respondió ésta como pudo y los dos se separaron para siempre, después de que el padre echara la bendición á su hija. Hecho esto, los dos se retiraron á sus respectivas cámaras.

Al día siguiente, muy tempranito, don Felipe volvió grupas silenciosamente, dejando al de Uceda y á la comitiva que asistiesen al acto de la entrega. Don Felipe no quiso presenciárselo. Se fué á oír misa en Oyarzun.

A las cinco de la tarde del lunes 9 de Noviembre se hicieron, en el río Bidasoa, las entregas de las infantas, "sin duda uno de los más grandiosos y vistosos espectáculos que se ha visto en el mundo, ni se verán jamás", escribe un cronista en cuyo pequeño magín no entró la suposición de que, en el andar del tiempo, tan grande acontecimiento habría de resultar pequeño al lado de los grandes sucesos históricos. Pero, en fin, no hemos de quitarle un sólo mérito y, siguiendo las huellas de la historia hablaremos de él con entera honestidad y sin malignas intenciones. En este punto, el historiador que tenemos á la vista es bastante malicioso y marrullero, pues mientras asegura que en "cuanto á hermosura y variedad de ricas galas" de palaciegos y lacayos, se llevaron la gala los señores de España, y que en cuanto á los franceses, "á lo menos los que pasaron á España, así de sus personas como en las de sus criados, vinieron poco lucidas, si bien en muy buenos caballos". No creo yo en esta afirmación del cronista que la suscribe, porque éste muestra su mala intención no sólo en este caso, sino en aquel que se refiere á la formación de las tropas frente al río Bidasoa, por sus dos márgenes. Expliquémosnos.

Ya en una crónica anterior dijimos cómo

los guipuzcoanos, más realistas que el rey, juntaron, armaron y vistieron 4.500 hombres, bajo el mando del duque de Ciudad Real. Se hizo lo que se pudo; se hizo demasiado para una sola provincia; pero no se hizo lo suficiente, porque la corte francesa, echando mano de los soldados de la nación, sin ordenar a Loburdi que los armara por su cuenta; la corte de Francia, siguiendo un camino distinto que el del rey de España, se trajó sus tropas vestidas y armadas en número superior á las que, por su solo esfuerzo, habían armado los guipuzcoanos. Sospechábalo así el duque de Ciudad Real, quien, dirigiéndose al maestro de campo, Juan de Torre, le dijo:

—Vaya usted sigilosamente al campo francés y examine usted sus tropas.

Volvió al pronto el mandadero: —General: los franceses traen más del doble de nuestras tropas.

—¿Mucho más?

—Mucho, general. He podido observar unas nueve compañías de infantería, además de 80 infantas, todos muy lucidos; seis compañías de caballería, un escuadrón de 400 picas con sus mangas de arcabuceros y mosqueteros y bandas de música militares...

El duque de Ciudad Real comprendió que estaba en situación inferior á los vecinos y quiso remediarla, buscándose tres pies al gato. Ante todo, el general no quería quedar malparado en la ceremonia. Y sin que supiesen los franceses cómo el duque de Ciudad Real había enviado su espía, éste parlamentó con el jefe de las fuerzas francesas proponiéndole imperativamente que «no fuesen al

Paso de Behovia más que 500 infantas de una y otra parte».

Sorprendió al francés la proposición; objetó algún razonamiento, pero la aceptó al fin, en vista de la insistencia del duque de Ciudad Real. Este quedó satisfecho, pues suponía que con su «tréta» se había fumado al vecino y que, con menos tropas, se luciría tanto como aquél. Pero el francés, aguijoneado por la proposición del de Ciudad Real, sospechando lo que había en el fondo de ella, envió un espía á que revistara sigilosamente las tropas españolas.

—Son 4.000 entre todas—informó el espía á su general.

Entonces, éste, burlado por el duque de Ciudad Real quiso, á su vez, devolverle la burla, y en el preciso instante de la formación de las tropas, frente á las barcas reales colocadas en el Bidasoa, el general francés ordenó el despliegue de toda su tropa dejando patético y rabioso al de Ciudad Real, «al que si bien como general—dice el historiador—no le parecen mal los soldados, esta vez se ofendió mucho de que le concertado no se hubiese cumplido» (¡Pateaba nuestro buen paisano y, no pudiendo hacer más por el momento, ordenó que sus 500 infantas se pusiesen bien á la vista y que las compañías que se habían quedado en Irún se acercasen más... A falta de pan, buenas son tortas, aunque no era suya la culpa, sino del tacaño y aprovechado rey de España, que ahorró á su tesoro del gasto de armar soldados y cargó con ello al de Guipúzcoa. Por esto dijimos que demasiado hicieron los guipuzcoanos. El cronista de aquella época á quien seguimos en estos apuntes nada nos cuenta de la «tréta» del de Ciudad Real, que resultó, al fin, lo del refrán: «A pillo, pillo y medio».

En ambas riberas del Bidasoa se hicieron dos grandes y lujosas casas reales á los efectos de las entregas de las infantas. La de España estaba cubierta por de fuera—escribe Landazuri—con encerrados verdes, de alto á bajo, por el recelo de las lluvias; por dentro estaba magníficamente adornada y colgada de unos ricos y preciosos paños de seda y oro en que, con toda perfección y arte, estaba tejida

la historia de Noé. Al lado derecho había un dosel, bordado de oro, plata, perlas preciosas. En medio del dosel, un escudo de armas de España. Debajo del dosel, una rica silla de brocado, tres altos, y almohada de lo mismo á los pies. Las paredes y el techo, cubiertos de terciopelo leonado, fondo en plata. Y no proseguimos dando más detalles porque por lo minuciosos y largos bien merecen que queden consignados por el historiador, pero maldito lo que nos interesan á nosotros.

Del lado de la ribera francesa se había alzado otra casa igual, si bien con adornos distintos. Junto á ella había dos bares, muy grandes, cuadradas, de cuyas esquinas y costados subían seis mástiles pintados curiosamente, sobre que se fundaba—habla el historiador—un patio hecho de damasco blanco, azul y leonado, con goteras del mismo, coronado por lo alto con una gran corona de oro.

Estas barcas hicieron á fin de que la infanta de España y la de Francia, respectivamente, pasaran en una casa flotante que se había erigido en el Bidasoa, sobre cuatro grandes barcos, fuertemente amarrados, y adornados al igual que las barcas.

Entre cuatro y cinco de la tarde avanzaron simultáneamente hacia el paso de Behovia. Acompañaban á la infanta de España fray Prudencio de Sandóval, "con manto y guiraldete morado", y detrás de él, capellanes, pajes, atabales y trompetas á caballo, vestidos todos de la librea del rey. Seguíanles los reyes de armas, la guardia de a pie, alabarderos y buena parte de la guardia de a caballo.

En medio de ella iban los aristócratas, caballeros de España, gentil-hombres, lacayos, etc. Dentro de una litera iba el duque de Uceda, espléndidamente acompañado, al decir de los cronistas. Detrás de la litera del duque, la de la infanta Ana, "tan de todas maneras hermosa, parecía un hermoso sol". Le acompañaba en la litera la duquesa de Medina de Rioseco. Después, iban otras muchas literas, en que iban la camarera mayor de la reina y otras damas y dueñas de honor. Llegaron así "a una calzada que comienza en la casa llamada del "Gabarrero" y que llegaba hasta la casa real de España. Pasó allí el acompañamiento. Pusieron en ala los alabarderos y hacheros de S. M. y el duque de Uceda salió de su litera y montó á caballo con la ayuda de don Rodrigo Calderón. Hecho lo cual comenzaron á examinar hacia el Paso, tanto la infanta de España como la de Francia, que ambas señoras llegaron al mismo tiempo á sus respectivas casas reales. Después, entraron en sus barcas, dirigiéndose á la casa flotante, y una vez allí se abrazaron tiernamente la que iba á ser reina de Francia y la que fué esposa de Felipe IV, de España. Quedaban totalmente cumplidos los anhelos de Felipe III.

El duque de Uceda actuó como apoderado de nuestra infanta y por la de Francia, el duque de Guisa, Antonio de Aróstegui, secretario de Estado del rey de España, dió fe y testimonio de ello. La historia dice lo demás.

Cuando terminó la ceremonia debió marcharse cada mochuelo á su olivo: Felipe III á su corte, para proseguir su gobierno de escándalo y dilapidación; la bellísima reina de Francia, á vivir con un hombre á quien no amó jamás; el de Uceda, á prepararse para morir en una cárcel; don Rodrigo Calderón, á prepararse para la horca. Y los guipuzcoanos, á repetir estas farsas en 1660, en la isla de los Faisanes, con otra hija de Felipe IV.

Está visto que los guipuzcoanos estamos llamados á ser los pavos de la boda en las bodas reales.

En la próxima y última crónica hablaremos algo de la política general de Felipe III, de Lerma, Uceda y de Rodrigo Calderón.

E. BOZAS URRUTIA.

**¿QUÉ ES LO QUE NECESITAN**  
**los DEBILITADOS, los FATIGADOS**  
 aquellos que tienen débiles los **PULMONES** y los **BRONQUIOS** ?  
 Un **ANTISÉPTICO** y un **RECONSTITUYENTE**  
 Para casos tales, nada como la

**SOLUCIÓN PAUTAUBERGE**

que en forma apropiada, reúne el antiséptico y el reconstituyente más poderosos, la **Creosota** y el **Clorhidrofosfato de Cal.**  
 Constituye el remedio soberano contra los **CATARROS**, las **BRONQUITIS** crónicas, la **GRIPE**, el **RAQUITISMO** y la **ESCRÓFULA**. Aumenta el apetito y las fuerzas, agota las secreciones y previene la

**TUBERCULOSIS**

L. PAUTAUBERGE, 10 Rue de Constantinople, PARIS, y en todas las Farmacias.

## Curación de las hernias

Interesa saber Que el reputado y peritísimo ortopedista de Barcelona, con nombre oficialmente registrado, señor **Torrent**, estará en San Sebastián, y en el Hotel Suizo, únicamente el sábado, día 12 del actual, y recibirá á todas las personas que estén quebradas y quieran curarse con sus tan notables aparatos, que son, indiscutiblemente, lo mejor que existe y se conoce, porque dan salud y vida. Hombres, mujeres y niños, deben usarlos. Acudid siempre á dicho acreditado ortopedista; no dejéis de visitarle, y tened muy presente que se hallará en San Sebastián, y en el Hotel Suizo, sólo y únicamente el día 12 del actual. NOTAS.—En Santander, el día 10, en el Hotel Ignacia; en Bilbao, el día 4, en el Hotel Gofii; en Tolosa, el día 13, en el Hotel El Siglo; en Vitoria, el día 14, en el Hotel Quintanilla; y en Pamplona, el día 15, en el Hotel San Julián, donde asimismo podrán visitarle cuantas personas lo deseen, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde solamente. Talleres y despacho en Barcelona: Unión, 13, Casa Torrent, de nombre oficialmente registrado.